

LA PSICOLOGIA Y LA GENERACION INTELLECTUAL DE 1856

LOPEZ LATORRE, M.J.
BAÑULS EGEDA, R.
Universidad de Valencia.

RESUMEN

El propósito de este trabajo es ofrecer una imagen global de los autores de la generación de 1856 dentro de las coordenadas sociales e históricas en las que ésta se desarrolla. Analizamos fundamentalmente los autores que han tenido mayor impacto en la Psicología científica contemporánea, obtenidos a través del número de referencias en el Social Sciences Citation Index (SSCI) y del volumen que ocupan en manuales de Historia de la Psicología.

ABSTRACT

The purpose of this work is to offer a general view of the authors belonging to the '1856 generation' into the social and historical co-ordinates through this generation is developed. Fundamentally, we analyze the authors with greater impact on contemporary scientific Psychology, evaluated in terms of the number of references in the Social Sciences Citation Index (SSCI) and the space they fill on History of Psychology texts

INTRODUCCION

No es empresa fácil abordar la evolución del pensamiento en el siglo XIX, pero la dificultad se agrava conforme nos acercamos al último cuarto de siglo y principios del siguiente, período en el que la generación del 56 despliega su actividad científica y literaria. Coincidimos con Pinillos (1988) al afirmar que todo intento por determinar el desarrollo intelectual de una época debe ir parejo al estudio de los rasgos culturales, políticos y sociales que inciden y condicionan la propia evolución mental de sus intelectuales; del mismo modo que las metas y productos humanos repercuten en el devenir histórico.

Nos encontramos ante el mundo contemporáneo, un mundo de rápidos y enormes adelantos tecnológicos, con el capitalismo financiero e industrial moderno, con la concentración de la población en las ciudades, con la organización de movimientos proletarios que a través de reivindicaciones luchan por una mayor influencia política, y con la burguesía en plena posesión del poder (Heers, 1985).

Hacia la mitad del siglo XIX, la ciencia renueva el conocimiento que el hombre tenía del mundo y de sí mismo. El hombre se enorgullece de sus progresos científicos y tecnológicos, lo que le lleva a pensar que pronto será capaz de explicar la totalidad de los fenómenos del mundo en el que se halla inmerso. El romanticismo, incómodo en una sociedad tan científica, termina por declinar. La razón reemplaza a la imaginación; la creencia en la ciencia, a la creencia en Dios (Abbagnano, 1964). La trama de la modernidad junto a la pérdida del ideal romántico del ser humano libre y seguro ante su destino, motivan el creciente temor del hombre ante su propio futuro. La imagen de una realidad inconclusa, incierta, inestable y mudable, propia del sentido impresionista de la vida se acentúa hacia finales de siglo.

El ambiente intelectual del siglo XIX favoreció el surgimiento de la psicología científica. Aunque este proceso suele ligarse al quehacer alemán, sería limitar demasiado su comienzo a las actividades realizadas en el laboratorio de Leipzig fundado por Wundt (1870), ya que también en Inglaterra y Francia surgieron nuevos puntos de vista psicológicos que contribuyeron a su establecimiento (Heidbreder, 1985).

A medida que la psicología se iba haciendo más científica, surge en Alemania el conocido debate sobre la ubicación de esta disciplina entre las ciencias del espíritu o las de la naturaleza. Los avances y hallazgos en otros terrenos como la fisiología, la biología o la física, ofrecían métodos de los cuales la psicología -ya empírica en cuanto a objeto y método- se podía beneficiar para el estudio experimental de lo psíquico. La nueva psicología, en su pretensión de ser científica, se adscribió al modelo explicativo de la ciencia natural. Sin embargo, el problema que subyacía a esta polémica quedaba sin resolver. Filósofos y psicólogos interesados por el trasfondo teórico de estas cuestiones sugieron reflexionando y realizando su actividad al margen de los cánones de la nueva psicología establecida (Pinillos, 1988).

A fines del XIX, la psicología ya contaba con técnicas y laboratorios equipados, se consideraba como una ciencia independiente y definitivamente experimental. Pero en el estudio analítico de la conciencia humana realizado por Wundt sólo tenían cabida los procesos exclusivamente sensoriales, por lo que pronto surgieron reacciones ante su sistema que iban a determinar el despliegue de nuevos campos de investigación tales como el estudio de los procesos psíquicos superiores, de las diferencias individuales y del inconsciente.

La observación de los hechos y el interés por la experimentación también se abrían camino en el territorio francés, fundamentalmente a través de la atención que en este país, desde principios de siglo, se otorgaba a la conducta anormal. El espíritu positivista de los franceses impulsó por un lado, el afianzamiento de la psicopatología (favoreciendo el tratamiento individualizado y el contacto con la realidad del enfermo) y por otro, el desenvolvimiento de la sociología (Heidbreder, 1985). Era un hecho que el incremento experimentado por las ciencias sociales al final del siglo, demostraba el fuerte interés por el estudio de los grupos sociales, sin embargo los trabajos de la sociología francesa seguían primando la sociedad frente al individuo, la moral y los valores sociales frente a los individuales. Habría que esperar hasta los albores del siglo XX para que tuviera lugar el estudio psicológico del ser humano en su contexto histórico y social. Esto a su vez supuso la superación de uno de los escollos de la psicología de corte naturalista de la que veníamos hablando. A partir de ese momento, la investigación también se dirigió a determinar la influencia que el grupo social ejerce en el desarrollo de la personalidad del individuo.

La particularidad histórica de Inglaterra hizo de ésta un lugar especialmente receptivo a las ideas positivistas y evolucionistas. Dos sucesos especialmente importantes, la Revolución Industrial y la aparición de "El origen de las especies" de Darwin (1859) -si bien pronto traspasaron las fronteras británicas- marcaron hondamente el curso que la psicología iba a tomar en este país. A esto se unía los progresos en la estadística y la medición, fruto de una confianza absoluta en la ciencia y en la tecnología.

Tanto las ideas evolucionistas sobre el hombre y el mundo, como el desarrollo de los test tuvieron un fuerte impacto en la sociedad norteamericana. Esta antigua colonia británica se proclamaba como capitalista, liberal, competitiva y pragmática, y anhelaba una psicología utilitarista y aplicada (Leahley, 1982; Gondra, 1989). De ahí que el funcionalismo en los Estados Unidos triunfara como no lo hizo en ningún otro lugar. Con él, términos como la adaptación y las diferencias individuales entraban de lleno en el lenguaje psicológico de principios de siglo.

A partir de aquí, y aun a riesgo de parecer una simplificación, la psicología americana, entre otras disciplinas científicas, comenzó a ganar terreno. La Primera Guerra Mundial deja al continente europeo en una situación caótica. Esta conflagración supuso el fin de la hegemonía europea y el principio del dominio americano en la industria, comercio y finanzas del mundo, especialmente cuando por solicitud de los países europeos Estados Unidos otorga créditos a una Europa que inicia su reconstrucción y que se enfrenta al hambre, al paro y a la inflación. La población empobrecida exigía cambios políticos y sociales, cuyo ejemplo más patente lo tenía en el naciente sistema socialista soviético. Al mismo tiempo las tendencias fascistas cobraban fuerza. Este clima opresivo impulsó el éxodo intelectual al Nuevo Continente, que ofrecía un panorama económico, científico y social más atractivo que el de la devastada Europa. Estados Unidos se convertía así en el centro de acogida de pensadores, científicos y artistas de todo el mundo.

METODO, FUENTES Y OBJETIVO

Cuando hablamos de generaciones nos referimos a grupos de individuos diferencialmente caracterizados por rasgos adquiridos a través de la interacción social. Rasgos que a su vez nos ayudan a comprender los comportamientos individuales y los fenómenos históricos y sociales en que ellos intervienen (Tortosa y col., 1991).

Aceptamos con Marías (1967), que cada generación abarca un período de 15 años, identificándola por el año central. El grupo generacional que aquí abordamos, coincide con la fecha que Marías considera clave para fijar la serie generacional en filosofía, 1856; fecha

que en el campo psicológico también ha sido señalada como especialmente importante y significativa por Tortosa (1991). Entre 1849 y 1863 nacen figuras de la talla de Freud, Husserl, Ebbinghaus, Pavlov y un largo etcétera de investigadores que soldarán sus ideas en programas psicológicos coherentes. Es la generación de los gestores de la psicología (Carpintero, 1978).

Profundizar en cada uno de los autores de este grupo generacional resultaría un proyecto inabarcable que escapa a nuestros propósitos. Seleccionar qué autores abordar apoyándonos en nuestra opinión excluiría con toda certeza a otros muchos igual o tal vez más cruciales, caeríamos irremediabilmente en la subjetividad de lo que para nosotras ha tenido mayor relevancia en psicología. Por ello, tomamos como material de partida la lista de eminentes -un total de 80 autores de la generación de 1856- proporcionada por el ranking de Annin, Boring y Watson, para determinar basándonos en ella los más relevantes en cuanto a volumen de citas evocado en el SSCI (1966-1985)¹. Naturalmente esto no nos aleja del sesgo del que venimos hablando. Todo criterio de discernimiento lleva implícito algo más que objetividad, pero se vuelve necesario si queremos imprimir un mínimo de rigor y sentido crítico a nuestro trabajo (Pinillos, 1988). La replicación realizada por Zusne y Dailey (1982) de la clásica investigación de Annin, Boring y Watson, nos ofrece un criterio alternativo, se determina la eminencia de un autor en función de la cantidad de espacio que ocupa en 16 manuales de Historia de la Psicología.

Es de suponer -y esta es nuestra hipótesis de partida- que los listados de investigadores relevantes obtenidos con ambos procedimientos ofrecerán un panorama de la generación diferente, pues las bases en que se apoyan ambos criterios -crítico vs. didáctico- son en sí distintas.

Hay que tener en cuenta que el SSCI es un repertorio bibliográfico que vacía publicaciones periódicas pertenecientes a una amplia gama de disciplinas científicas -sociales, naturales, de la salud...- con lo cual los autores eminentes extraídos de él se vinculan no sólo al campo de la Psicología sino también al de la filosofía, antropología, medicina o sociología, entre otros. Por ello y con el fin de constituir una muestra representativa de la actividad creadora e intelectual de la generación de 1856, y en especial la que se refiere al ámbito psicológico, incluimos también a los 20 primeros autores del ranking de Zusne ya que al ser este un criterio que se apoya en manuales de historia de la psicología, lógicamente recogerá aquellos investigadores cuyas ideas hayan sido consideradas como fundamentales para un conocimiento global de esta disciplina, y que por las razones arriba argumentadas han podido quedar fuera de los 20 primeros puestos del listado del S.S.C.I

De este modo pretendemos ofrecer, dejando a un lado la explicación sobre datos y porcentajes y basándonos en la complementación de ambos procedimientos, una visión lo más coherente posible de los temas y fundamentos enunciados por este grupo generacional. Pero, para percibir en un período concreto los momentos en que una determinada ciencia adquiere significado y relieve histórico, debemos acudir a una visión retrospectiva de su pasado más inmediato, que nos permita comprender las pautas y esquemas que dirigieron el pensamiento y la actividad científica en un determinado sentido y no en otro. De ahí, que en la introducción a este trabajo nos hallamos referido a ideas de generaciones anteriores que señalaron las nuevas líneas de la psicología en el último cuarto del siglo XIX y principios del XX. La fundación de esta disciplina como ciencia independiente, la entrada de América en el ámbito psicológico, la influencia del evolucionismo y de la psicología experimental de los sentidos, condicionan y guían el quehacer intelectual de la generación que nos ocupa.

GENERACION DE 1856.

La teoría psicoanalítica, encabezada por la figura de Sigmund Freud (1856-1939) ha sido uno de los planteamientos más influyentes en la psicología del siglo XX, extendiéndose su aplicación a múltiples ámbitos científicos y artísticos (Heidbreder, 1985; Ferrándiz, 1989). Introducirnos en la vasta y polimática obra de Freud, dada las limitaciones de espacio y las continuas renovaciones y rectificaciones que realizó en la

elaboración de su teoría psicoanalítica, implicaría dejar de lado múltiples conceptos fundamentales para comprender la totalidad de su pensamiento. Optamos pues por señalar algunas de sus aportaciones más significativas.

Se sirvió del análisis de los sueños para demostrar la existencia de una vida psíquica inconsciente donde habitaban los impulsos, los deseos inaceptados, las pulsiones... A pesar de los cambios sustanciales que se observan en su planteamiento de la estructura psíquica, en ambas teorías -topográfica y tripartita- la parte inconsciente de la vida psíquica, por su carácter eminentemente dinámico, se mantiene desde la infancia en constante lucha con la parte consciente de la personalidad, que trata de impedir que aquella consiga los objetivos que se propone (Freud, 1988). Y es aquí, donde se sitúa el origen del conflicto psíquico.

Freud señaló la importancia etiológica de las experiencias sexuales infantiles, penosas y traumáticas, en las manifestaciones psiconeuróticas en la etapa adulta. Independientemente que otras orientaciones psicoanalíticas despojaron a esta doctrina freudiana de casi todas sus connotaciones sexuales, ninguna escuela ha acentuado tanto como el psicoanálisis la significación de la infancia en la construcción del carácter adulto (Heidbreder, 1985).

La similitud que pueda encontrarse entre algunos aspectos de la obra de Freud y la del psicólogo y neurólogo francés Pierre Janet (1859-1947), se debe fundamentalmente a la influencia que ambos recibieron de J.M. Charcot, por aquel entonces la máxima autoridad europea en desórdenes mentales. Basta con comparar las publicaciones sobre la histeria de Janet y Freud para constatar este hecho (Ferrándiz, 1989). Los trabajos de Janet en psicopatología clínica han hecho que se le considere como uno de los principales continuadores de la labor de Taine, Charcot y Ribot en Francia. A pesar de haberse introducido en la psicología a través de su formación filóloga y fisióloga, defendió como Ribot la independencia de la psicología respecto de las otras disciplinas (Reuchlin, 1982).

La psiquiatría alemana queda representada en esta generación por Emile Kraepelin (1856-1926), quien atribuyó a la enfermedad mental una causa orgánica y una expresión psicológica. Sus experiencias en el laboratorio de Wundt, le llevaron a aplicar en psiquiatría, los métodos cuantitativos que se utilizaban en la investigación psicológica. Así, fue el primero en introducir la multiplicidad de criterios diagnósticos ofreciendo la primera clasificación sistemática sobre los trastornos mentales. Ello sirvió de base para la elaboración de la DSM II del APA de 1968 y para la formulación de la DSM III de 1980 (Belloch y Barreto, 1987).

En América, la psicología desarrollada por estas fechas tenía un carácter marcadamente funcionalista. Si bien el funcionalismo suele ser entendido como el enfoque psicológico defendido por un grupo de autores vinculados a la Universidad de Chicago, hablaremos aquí de psicologías funcionales y no de escuela funcionalista para evitar circunscribir esta forma de hacer psicología exclusivamente al movimiento americano y poder incluir, como lo hacen Caparrós y Anguera (1986), los brotes o actitudes funcionalistas emergentes en el continente europeo (como las de Binet o Ebbinghaus).

La psicología funcionalista americana tiene en el filósofo John Dewey (1859-1952) a uno de sus máximos representantes. Su concepto de arco reflejo marcó el inicio de este nuevo enfoque psicológico, rápidamente aceptado en un ambiente en el que dominaba un sentimiento de insatisfacción por el reducido papel que la psicología estructuralista otorgaba al ejercicio profesional (Tortosa, 1989; Heidbreder, 1985). Esta orientación se introducía de lleno en la ciencia aplicada, y concretamente con Dewey en el campo de la educación. Inspiró el movimiento educativo progresista según el cual el niño aprende obrando, haciendo sus propios proyectos y basándose en sus propias experiencias (Leahey, 1982). Esta idea es coherente con su visión del ser humano como un hombre que a pesar de sus errores y dudas avanza siempre hacia el futuro. De hecho para Dewey el pasado sirve como medio para comprender y dirigir el futuro, y ésta constituye su actitud más pragmática; podríamos decir que, como en Bergson, el tiempo vivido no supone nada acabado, no cambia la experiencia de la realidad sino que ayuda al hombre a comprenderla, llenándole de contenido. El ser humano no puede escapar a todo un conjunto de factores

que afectan continuamente su vida; la inestabilidad, la incertidumbre, lo precario y la equivocación forman parte de la experiencia humana, concepto fundamental en todo su pensamiento (Abbagnano, 1964).

Al igual que Dewey, el filósofo norteamericano George Herbert Mead (1863-1931) vinculado también a la Universidad de Chicago e interesado asimismo en la psicología, adoptó los puntos de vista del incipiente movimiento funcionalista (Heidbreder, 1985). También el psicólogo James Mark Baldwin (1861-1934) contribuyó de una forma indiscutiblemente importante en la transición hacia la nueva psicología funcional. Su interés por las diferencias individuales y su énfasis por el proceso individual de adaptación al entorno, le llevaron a enfrentarse abiertamente con la psicología titchneriana (Tortosa, 1989). Baldwin adopta una postura interaccionista en su comprensión del hombre, al tener en cuenta tanto factores de orden biológico como de orden social. Como Mead, considera que el hombre aprende, se desarrolla y toma conciencia de su identidad mediante las interrelaciones que se establecen dentro del grupo social en el que se halla inmerso.

Por otro lado, es de destacar su amplia labor divulgativa en el ámbito psicológico, siendo copropietario y editor junto con Cattell del *The Psychological Review* (1894) y fundador del *The Psychological Bulletin* (1904), dos de las principales y más antiguas revistas psicológicas americanas².

La influencia británica en el pensamiento americano, especialmente las ideas adaptativas y evolucionistas de Darwin y Galton, junto con el éxito de la aplicación de métodos estadísticos en psicología, provocaron entre otros factores, que una gran parte de investigaciones experimentales se dirigieran hacia el estudio de las diferencias individuales y el desarrollo de pruebas mentales. Precisamente el psicólogo americano James Mckeen Cattell (1860-1944) preocupado por la experimentación y medida de los procesos mentales, llevó hasta sus máximas consecuencias la aplicación de estos test dirigidos a medir la capacidad intelectual (Reuchlin, 1982; Leahey, 1982).

Aunque doctorado con Wundt, su mayor influencia la recibe de Galton al que debe su formación estadística y biométrica. Pronto se separa de la línea experimentalista centrada en los procesos psíquicos simples al atender no sólo a las funciones sensoriales sino también a otras más complejas como la memoria y el cálculo. Su postura funcionalista queda patente al interesarse más que en los contenidos de la conciencia en sus funciones, estudiándolas en términos de su utilidad adaptativa para el organismo (Tortosa, 1989).

En Europa, el psicólogo francés Alfred Binet (1857-1911), criticó el material utilizado por Cattell estableciendo una forma alternativa para la medida de las funciones específicas de la Inteligencia. El procedimiento más conocido de este autor fue el realizado junto con Theodore Simon con objeto de detectar a los niños necesitados de educación especial. Diseñó con este fin una serie de tareas estandarizadas -ordenadas en función de su nivel de complejidad- sobre memoria, razonamiento, atención, juicio y discriminación, mediante las cuales determinaba la edad mental del sujeto³.

Desde su creación han sido múltiples las revisiones y adaptaciones que se han llevado a cabo sobre esta escala, destacando la publicada por Terman en 1916 y conocida como la escala de Stanford-Binet (Richelle y Droz, 1982). Aunque este hecho supuso en Norteamérica una nueva etapa de confianza sobre los test de inteligencia, según Leahey (1982) gran parte de los psicólogos americanos siguieron apegados a la idea de Galton de la transmisión hereditaria de la inteligencia.

Las reacciones al elementalismo wundtiano no sólo tuvieron lugar en Francia y Norteamérica, también se dieron en el propio seno del pensamiento alemán. Hermann Ebbinghaus (1850-1909) inició el estudio experimental de la memoria y del aprendizaje verbal elaborando el conocido método de las sílabas sin sentido. Su actitud funcionalista se muestra en su interés por estudiar la memoria como la pura función del aprendizaje (Leahey, 1982). Las consecuencias históricas de esta aportación fueron de gran trascendencia y la psicología experimental posterior siguió utilizando este material de aprendizaje sencillo para minimizar la experiencia de los sujetos en el laboratorio (De Vega, 1984). Pese a las fuertes influencias que recibió del asociacionismo británico y alemán, y de la psicofísica de Fechner, se le reconoce como un autor independiente, ecléctico y

aperturista, no sometido a escuelas o paradigmas (Heidbreder; 1985; Caparrós y Anguera, 1986; Leahey, 1982; Reuchlin, 1982).

También en Alemania Oswald Kulpe (1862-1915) mostraba la posibilidad de estudiar el pensamiento de forma experimental y la Escuela de Wurzburg, de la que era director, dió a conocer la existencia de un pensamiento sin imágenes. Este descubrimiento le separaba definitivamente del asociacionismo wundtiano. Asimismo, otros psicólogos alemanes trabajaron con independencia de Wundt: Theodor Lipps (1851-1914) interesado por la percepción y la estética; Hugo Munsternberg (1863-1916) en la psicotecnia y Georg Elias Muller (1850-1934) en la memoria, la visión y la psicofísica, son algunos de ellos. Análogamente, en Austria, Christian Ehrenfels (1859-1932), antecedente de las nociones desarrolladas más tarde por la escuela gestaltica alemana, predicaba junto a los elementos sensoriales, la existencia de un nuevo elemento mental, la forma, que representaba la unidad organizada.

En Inglaterra, el estadista Karl Pearson (1857-1936) perfeccionó y amplió el análisis de correlación de Galton hasta desembocar en el coeficiente de correlación que lleva su nombre, convirtiéndose en un instrumento muy importante en el uso y desarrollo de los test de inteligencia (Morrow y Morrow, 1980). El también inglés, Charles Edward Spearman (1863-1945) ideó un nuevo método para la investigación de la estructura de la inteligencia: el análisis factorial. Spearman señalaba que la aptitud de una persona en cualquier ejecución era en parte general y en parte específica (Sánchez-Cánovas, 1986). Por medio del análisis factorial, postuló la existencia de un factor común presente en todas las funciones cognoscitivas de un individuo y otros más específicos, propios de cada habilidad particular. Y aún un tercer grupo de factores comunes a muchas habilidades, los factores de grupo (Richelle y Droz, 1982).

Los experimentos del psicólogo inglés Conwy Lloyd Morgan (1852-1936) en el campo de la psicología Comparada proponían frente a la introspección, la utilización de métodos más objetivos para el estudio del pensamiento animal a partir de la conducta. Con lo que se conoce hoy como el Canon de Morgan, este investigador postulaba que debía evitarse toda interpretación de una conducta como resultado de una facultad superior si podía ser explicada como resultado de una más inferior.

En otro orden de cosas, en la Europa de aquellos años estaban desarrollándose planteamientos filosóficos, históricos y sociales que en gran medida tuvieron plasmación en la psicología moderna. Tal es el caso de los filósofos Husserl y Bergson.

La filosofía del alemán Edmund Husserl (1859-1938), influenciada por las tesis de Brentano acerca de la intencionalidad de la conciencia, pasó gradualmente del realismo al idealismo. Su intento de fundamentar la filosofía como ciencia estricta le llevó a desarrollar una filosofía fenomenológica, claramente en contra del naturalismo y del psicologismo. (Mayor y Pérez, 1989; Mayor, 1989). Husserl consideraba a este último como una doctrina o punto de vista que subordinaba la validez del conocimiento a las condiciones en que se manifestaba en el hombre. El psicologismo era para él, al fin y al cabo, naturalismo y éste modelaba la existencia de la totalidad del ser sobre la existencia de la 'cosa' material. El conocimiento así, perdía toda su validez. La fenomenología que él postulaba, por el contrario, se caracterizaba por la puesta entre paréntesis de todo supuesto natural; la existencia del mundo y de todas las cosas quedaba suspendida -reducción fenomenológica- lo que permitía revelar el fundamento absoluto de todo conocimiento. Establece de este modo una filosofía contemplativa, que no afirma ni niega el mundo, una filosofía que hace del hombre un espectador desinteresado de sí mismo y de la que consigue aislar los distintos modos de realidad de los que él es el centro (Abbagnano, 1964).

Un planteamiento filosófico totalmente diferente es el desarrollado en Inglaterra por Alfred North Whitehead (1861-1947), cuya obra puede inscribirse en el marco de la filosofía científica de la naturaleza y del realismo contemporáneo. Para Whitehead la naturaleza es el objeto de la percepción sensible. En su filosofía -a la que llama orgánica y de la que tiene un concepto positivista- cobran especial fuerza sus doctrinas acerca del carácter emotivo de los acontecimientos. Imprime al devenir del mundo un sentido progresivo, optimista y finalista propio del romanticismo (Abbagnano, 1964).

En Francia, la filosofía y la sociología posterior a la Revolución -con Maine de Biran, Comte, Bergson, Durkheim o Lévy-Bruhl, entre otros muchos- se hallaban íntimamente conectadas con la literatura y el arte y comprometidas con el hombre y la sociedad. En concreto Henri Bergson (1859-1941) tenía plena confianza en la libertad humana y en el continuo resurgimiento de lo nuevo dentro del proceso evolutivo. A pesar de que la teoría de la evolución se encuentra presente en todo su pensamiento, no aceptó ninguna interpretación mecanicista sobre ella. Para él, la evolución de la vida ha de buscarse en el interior del hombre (Copleston, 1980), "...para un ser consciente, existir significa cambiar, cambiar significa madurar, madurar significa crearse indefinidamente a sí mismo" (Bergson, 1907 *cf.* Abbagnano, 1964). De esta forma pone de manifiesto la naturaleza de la vida como una corriente de conciencia -impulso vital⁴ -, conciencia que considera como energía finita y limitada por la materia. Basando la filosofía en la intuición, diferencia entre el tiempo matemático -el tiempo de la ciencia, espacial y homogéneo- y el tiempo real -duración pura, movimiento, devenir. Para Hauser (1979) es precisamente esta última concepción bergsoniana del tiempo la que ha marcado gran parte de los géneros y direcciones literarios y artísticos contemporáneos.

Bergson, en sus estudios sobre la religión y la moral humana no fue ajeno a los datos empíricos proporcionados por los sociólogos Durkheim y Lévy-Bruhl. Pero este conocimiento no fue únicamente unidireccional, también Emile Durkheim (1858-1917) al tratar sobre estos temas, atendió a los conceptos de 'moral cerrada' y 'religión estática' de Bergson (Copleston, 1980). Para el sociólogo Durkheim, la moral y la religión eran hechos sociales relacionados con una determinada sociedad, ante los cuales el sociólogo no podía adoptar posturas reduccionistas ni aplicar criterios preestablecidos de antemano, sino abordarlos tal y como se daban en su coyuntura social. A diferencia de Mead, Durkheim considera que lo social es irreductible a lo individual. Su espíritu positivista le llevó a intentar caracterizar y definir el método para el estudio de los hechos sociales, algo que hasta entonces, según palabras del propio Durkheim, poco había preocupado a los sociólogos (Durkheim, 1986).

Acuña el término de 'anomia' (1897) para caracterizar un estado de desconcierto del individuo en la sociedad moderna que provoca irritación y repugnancia. Así, considera el suicidio consecuencia de la incapacidad del sujeto para adaptarse a un orden social preestablecido. Durkheim aceptó la posibilidad de diferenciar entre mentalidades primitivas y otras posteriores pero sin excluir que estas últimas se desarrollaran a partir de las primeras. Por el contrario, el filósofo francés Lucien Lévy-Bruhl (1857-1939), más conocido como sociólogo y antropólogo, expuso una marcada dicotomía entre la mentalidad de los pueblos primitivos y civilizados, contraponiendo a esta última mentalidad lógica y científica, la prelógica de las sociedades primitivas dominadas por la mitología y lo sobrenatural (Copleston, 1980).

Frente a esta orientación antropológica, la del alemán Franz Boas (1858-1942) defendía tanto el empleo de métodos empíricos en los estudios antropológicos, como la necesidad de conocer las culturas en su propio ambiente, desde el mismo grupo étnico y según el código cultural de sus miembros -estudios de campo. Su modo de entender el trabajo del antropólogo se opone claramente a las posturas etnocentristas que pretenden estudiar otras culturas tomando como criterios comparativos y válidos las pautas culturales del grupo social que las investiga. Los lingüistas de orientación antropológica dirigidos por Boas rebatieron la tesis de la superioridad lingüística de las sociedades civilizadas, al descubrir que las reglas gramaticales no eran exclusivas de estas sociedades más avanzadas, sino que estaban presentes en cualquier grupo étnico, independientemente de su desarrollo tecnológico y político (Harris, 1983).

Simultáneamente a estas corrientes filosóficas, sociológicas y antropológicas, se consolida en Rusia una psicología de corte objetivo y enfocada sobre los aspectos metodológicos de la ciencia, la reflexología, de indudable repercusión en el conductismo radical americano. El artífice de este afianzamiento fue el fisiólogo ruso, también interesado por la psicopatología, Ivan Petrovitch Pavlov (1849-1936) quien retomó una idea ya introducida en el marco científico por Sechenov: la explicación de los fenómenos psíquicos

en términos de reflejos (Gondra, 1989; Carpintero, 1978). Probablemente han sido Sir Charles Sherrington (1857-1952) y Pavlov los investigadores que más han contribuido a la reafirmación de la imagen que los psicólogos pudieran tener del hombre como un haz de reflejos estímulo-respuesta (Miller, Galanter y Pribram, 1983). Con Pavlov, el hecho psíquico se reducía a un acontecimiento fisiológico, lo que suponía una interpretación determinista de la vida psíquica. Su paradigma experimental de reflejos condicionados -condicionamiento clásico- surgió como método de análisis de los procesos cerebrales (Algarabel, 1983), al margen de la fisiología y neuroanatomía de la época representada por las figuras de Sherrington y Cajal (Konorski, 1948 *cit.* Algarabel 1983). Junto a Pavlov es de destacar a Vladimir Mijailovich Bechterev (1857-1927), el principal discípulo de Sechenov y más comprometido que Pavlov con el pensamiento político-social ruso. Sechenov optó por el condicionamiento motor como método de estudio de los reflejos superiores. Sin embargo, a pesar de su interés por la psicología, es menos conocido y ha tenido una menor repercusión en esta disciplina científica, en comparación con la ejercida por Pavlov (Gondra, 1989).

En Inglaterra, Sherrington advertía explícitamente sus restricciones acerca del reflejo manteniendo que éste era una ficción útil para el estudio experimental de la médula espinal. Defendía la doctrina de la neurona y en este sentido, señalaba la discontinuidad del circuito nervioso, constituido por unidades neuronales que poseían las propiedades de los haces nerviosos. Intercaladas entre las neuronas se encontraban lo que denominó 'sinapsis', que al actuar como verdaderos centros de integración, con propiedades exclusivas de los reflejos, posibilitaban la transmisión del impulso nervioso (Miller, Galanter y Pribram, 1983). El sistema nervioso quedaba así configurado como una compleja red integradora que suponía la unidad global del organismo (Carpintero, 1978).

Por otro lado, Sherrington ofreció un sistema para clasificar las sensaciones basado en la existencia de un cierto número de sentidos claramente definidos y en la correspondencia de cada uno de ellos con receptores especializados: los propioceptores (Taylor y col., 1986). Frente a la teoría de W. James sobre las emociones -experiencias conscientes de los cambios corporales-, Sherrington asumía que la emoción consciente era un proceso cortical. En esta misma línea se encuentra los trabajos del neurólogo británico Henri Head (1861-1940) para quien el aspecto afectivo de las sensaciones estaba coordinado por la región talámica, conclusión a la que llegó tras observar que en sujetos con lesiones unilaterales en esta región, determinados estímulos afectivos eran experimentados con mayor intensidad en la parte lesionada que en la parte normal del cuerpo⁵ (Sahakian, 1982; Young, 1980).

La generación de 1856 representa en Europa los primeros intentos de superación del limitado campo experimental centrado en los procesos sensoriales, el desarrollo de la psicología científica y la aparición de los primeros ámbitos de especialización psicológica. Así, hemos visto en Alemania los experimentos sobre memoria de Ebbinghaus, el apogeo de la psicología experimental con Muller, la escuela de Wurburgo dirigida por Külpe, la psicología del acto de Lipps, la aplicada de Munstemberg y la fenomenológica de Husserl; junto a estos desarrollos se unen los de la antropología relativa de Boas y los de la psiquiatría de Kraepelin. En Austria, a Ehrenfels y el psicoanálisis freudiano. En Gran Bretaña, la psicología sistemática de Stout, la psicología animal de Morgan, la neurofisiología de Sherrington y Head, las aplicaciones de la estadística de Pearson y Spearman, y la filosofía naturalista y realista de Whitehead. Finalmente en Francia, el estudio de los procesos mentales superiores con Binet, la psicopatología de Janet, el espiritualismo evolucionista y pragmático de Bergson, la sociología positivista de Durkheim y el estudio comparado de las civilizaciones con Lévy-Bruhl.

El espíritu positivista de la psicología occidental coincide con el mecanicismo y determinismo de la reflexología rusa. Las ideas de adaptación, experimentación y objetividad se encuentran representadas en la obra de Pavlov y Bechterev. En los primeros años del régimen soviético, Pavlov queda relegado de la psicología oficial hasta entonces claramente influenciada por este fisiólogo (Gondra, 1989). Se produce entonces una fuerte

interrelación entre la psicología y la filosofía del materialismo dialéctico (Mestre, 1989). Las ideas de transformar la sociedad encuentran su modelo en Marx y Engels.

Todos estos autores vivieron, con la entrada del nuevo siglo, su etapa de la madurez. La atmósfera general de pesimismo y desconfianza, de crisis e incertidumbre, impregnaba toda manifestación intelectual y artística, en una sociedad que se dirigía irremediablemente hacia la guerra del 14.

Paralelamente al avance, a veces desorbitante, del progreso tecnológico el hombre comenzaba a comprender que no podía prever y organizarlo todo (Pinillos, 1988). Imperaba la conciencia de pertenecer a un mundo en transición, un mundo relativo y cambiante. Espiritualismo, realismo, criticismo, pragmatismo se fueron afirmando a expensas del positivismo, la realidad ya no era considerada como algo estático y absoluto sino como algo mutable y en movimiento (Abbagnano, 1964; Hauser, 1982): el hombre debía afrontar su propia condición humana. La teoría de la relatividad de Einstein a principios de siglo ayudó a consolidar esta idea.

El progreso y la razón no habían sido suficientes para salvar el orden y los valores de la civilización occidental. Ante esta quiebra de la conciencia y aspiraciones de la sociedad europea, tras la primera Guerra Mundial, el hombre busca cobijo en lo desconocido, lo indeciso y lo vago, en los límites más bajos de la percepción sensible. Algunos reaccionaron con posturas nihilistas y de ruptura total con el pasado; otros, por el contrario, se cuestionaron la ausencia de respuestas por parte de la ciencia ante el sufrimiento humano. A este cambio de interés contribuyó de una forma especial la aceptación de las tesis freudianas en diversos países europeos, durante la segunda y la tercera década del siglo XX. Al aludir a una parte desconocida del ser humano inconsciente, impulsiva e irracional, Freud ofreció un concepto más complejo del hombre y de su mundo que sería utilizado en las nuevas tendencias artísticas y expresivas que se imponían por todas partes, fundamentalmente en el periodo de entreguerras (Calvo, 1984).

El restablecimiento de la paz mundial trajo consigo una etapa de relativa tranquilidad y la creación de movimientos heterogéneos (futurismo italiano, surrealismo y existencialismo francés, el radical dadaísmo alemán...) alrededor de las ideas de determinados filósofos y pensadores. Gentes de diversas procedencias y con formas de trabajar distintas se aglutinaban, sobre todo en Alemania, para dar cuerpo a una época creativa y de gran ebullición intelectual (Gestalt, Escuela de Francfort, la Bauhaus, el Instituto psicoanalítico de Berlín, etc.) quebrada con la llegada al poder del régimen nazi (Calvo, 1984).

Pesimismo y optimismo ante las nuevas formas de vida se alternaban en una amalgama confusa de sentimientos y reacciones ante el futuro.

Mientras que éste era el ambiente generalizado del primer tercio de siglo, en Norteamérica el panorama se presentaba completamente distinto. En las dos últimas décadas del XIX los Estados Unidos, superadas las secuelas de la guerra civil (1861-1865), se convierten en una gran potencia industrial (Gondra, 1989). La Psicología en esos momentos empieza a buscar la aplicación práctica de sus conocimientos para intentar dar respuesta a las crecientes demandas de la sociedad. Esto se refleja en el cambio de interés que experimenta la psicología norteamericana del contenido de la mente a las funciones de los procesos mentales. El estudio de la experiencia consciente y su estructura deja paso al de la conciencia como instrumento de adaptación al entorno. Las ideas de Cattell, Dewey, Baldwin y Mead comparten y desarrollan este punto de vista funcional.

Durante los optimistas y fructíferos años 20, la psicología se iba a configurar en términos de una ciencia conductual desterrando definitivamente el estudio de la conciencia a través de la introspección (Tortosa y col, 1991).

El fuerte desarrollo y el clima de esperanza en el que vivía la sociedad norteamericana, parecía eclipsar los problemas económicos que iban a desembocar en la gran depresión de 1929. Nada les podía hacer pensar que se enfrentarían a la misma experiencia de dolor e incertidumbre que asoló a Europa tras la primera Guerra Mundial. El crack de 1929 mostró con toda crudeza la caída del mito de la prosperidad.

BIBLIOGRAFIA

- Abbagnano, N. (1964): *Historia de la filosofía*. Tomo III. Edit. Montaner y Simón, S.A., Barcelona.
- Algarabel, S. (1983): "Génesis histórica del conductismo clásico: reflejo, continuidad y efecto en la formación del conductismo". *Rev. Historia de la psicología*, 4, 3, pp. 225-244.
- Belloch, A. y Barreto, M.P. (1987): *psicología Clínica: Trastornos bio-psico-sociales*. Edit. Promolibro, Valencia.
- Boring, E.G. (1980): *Historia de la psicología experimental*. Edit. Trillas, S.A., México (2ª edic. orig. 1950)
- Calvo, F. (1984): "Una cultura de desolación y combate". *Historia Universal, Siglo XX*, Nº 15, pp. 7-42.
- Caparrós, A. y Anguera, B. (1986): "Ebbinghaus y la tradición funcionalista". *Rev. de Historia de la psicología*, 7, 4, pp. 11-28.
- Carpintero, H. (1978): *Historia de la psicología*. UNED, Madrid.
- Copleston, F. (1980): *Historia de la filosofía. Vol. IX. De Maine de Biran a Sartre*. (edic. orig. 1975)
- De Vega, M. (1984): *Introducción a la psicología cognitiva*. Alianza Editorial, S.A., Madrid.
- Durkheim, E. (1986): *Las reglas del método sociológico*. Edit. Orbis, S.A., Barcelona. (edic. or. 1895).
- Ferrándiz, A. (1989): Las escuelas de psicología profunda. En J. Mayor y J.L. Pinillos (dirs.): *Tratado de psicología General (I): Historia, teoría y método*. Edit. Alhambra, S.A., Madrid, pp. 167-204.
- Freud, A. (1988): *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Alianza Editorial, S.A., Madrid.
- Gondra, J.M. (1989): Las psicologías objetivas: Reflexología, Conductismo. En J. Mayor y J.L. Pinillos (dirs.): *Tratado de psicología General (I): Historia, teoría y método*. Edit. Alhambra, S.A., Madrid, pp. 205-224.
- Harris, M. (1983): Introducción a la antropología general. Alianza Editorial, S.A., Madrid (edic. orig. 1971)
- Hauser, A. (1979): *Historia social de la literatura y el arte (III)*. Edit. Guadarrama/ Punto Omega
- Hauser, A. (1982): *Fundamentos de la sociología del arte*. Edit. Guadarrama/ Punto Omega.
- Heers, M. L. (1985): *El mundo contemporáneo (1848-1914)*. Edit Sarpe.
- Heidbreder, E. (1985): *psicologías del Siglo XX*. Edit. Paidós.
- Leahy, Th. H. (1982): *Historia de la psicología. Las grandes corrientes del pensamiento psicológico*. Edit. Debates, S.A., Madrid (edic. orig. 1980)
- Marias, J. (1967): El método histórico de las generaciones. Madrid, Revista de Occidente.
- Mayor, J. (1989): El método científico en psicología. En J. Mayor y J.L. Pinillos (dirs.): *Tratado de psicología General (I): Historia, teoría y método*. Edit. Alhambra, S.A., Madrid, pp. 419-503.
- Mayor, J. y Pérez, J. (1989): psicología o psicologías: un problema de identidad. En J. Mayor y J.L. Pinillos (dirs.): *Tratado de psicología General (I): Historia, teoría y método*. Edit. Alhambra, S.A., Madrid, pp. 3-69.
- Miller, G. A., Galanter, E. y Pribram, K.H. (1983): *Planes y estructuras de la conducta*. Edit. Debate, S.A., Madrid.
- Morrow, R.S. y Morrow, S. (1989): La medida de la inteligencia. En B.B. Wolman (Dr.): *Manual de psicología general (III): aprendizaje, lenguaje, pensamiento e inteligencia*. Edit. Martínez Roca, S.A. Barcelona (edic. orig. 1973), pp. 498-531.
- Pinillos, J. L. (1988): *Psicología y psicohistoria*. Edit. Servicio de publicaciones Unid. Valencia.
- Reuchlin, M. (1982): *Historia de la Psicología*. Ediciones Paidós, S.A., Barcelona (edic. orig. 1957).
- Richelle, M. y Droz, R. (1982): *Manual de psicología*. Edit. Herder, S.A., Barcelona (edic. orig. 1976)
- Sahakian, W.S. (1982): *Historia de la psicología*. Edit. Trillas, S.A., México (edic. orig. 1970).
- Sánchez-Canovas, J. (1986): *El nuevo paradigma de la inteligencia humana*. Tirant lo Blanch, S.A., Valencia.
- Taylor, A. y col. (1986): *Introducción a la psicología*. Visor Libros, S.L., Madrid.
- Tortosa, F. (1989): Estructuralismo y Funcionalismo. En J. Mayor y J.L. Pinillos (dirs.): *Tratado de psicología General (I): Historia, teoría y método*. Edit. Alhambra, S.A., Madrid, pp. 133-166.
- Tortosa, F. y col. (1991): "John B. Watson y su generación en la psicología contemporánea". *Revista de Historia de la Psicología*. En prensa
- Young, P. Th. (1980): Sentimiento y Emoción. En B.B. Wolman (dir.): *Manual de psicología general (IV): motivación, emoción y personalidad*. Edit. Martínez Roca, S.A. Barcelona (edic. orig. 1973), pp. 189-241.
- Zusne, L. y Dailey, D. (1982): "History of psychology texts as measuring instruments of eminence in psychology". *Revista de Historia de la Psicología*, 3, 7-42.

NOTAS

- Estos 80 autores reciben a lo largo del período analizado 65155 menciones, con un promedio de 814,45 citas por autor. Sin embargo estas referencias no se distribuyen de forma aleatoria; los 20 autores con mayor número de menciones en el S.S.C.I. (véase apéndice 1) son responsables de 60719 citas, lo que representa un 93,19% sobre el total contabilizado. Aunque solamente la figura de Freud ya supone más de la mitad de este porcentaje (54,15%), los datos globales nos muestran que las contribuciones de este pequeño grupo siguen siendo relevantes en el panorama contemporáneo de las ciencias sociales y afines.
- El lector interesado en los autores más eminentes extraídos en cuatro revistas norteamericanas (*American Journal of Psychology*, *Psychological Review*, *Psychological Bulletin* y *Journal of Experimental Psychology*) puede remitirse al artículo de Tortosa y col. (1991) que efectúa un análisis desde la fundación de estas revistas hasta el final de la segunda Guerra Mundial.
- Leahy (1982) considera a Binet el inventor del cociente intelectual, mientras que Boring (1980), aun reconociendo que la idea de cociente intelectual fue de Stern, señala en Terman al autor que acuñó este término.
- Jung en 1912 interpreta la libido como energía anímica diferenciada, de manera análoga al impulso vital-élan vital- de Bergson (Ferrándiz, 1989).
- Precisamente fueron éstas, entre otras investigaciones, en las que se apoyó W.B. Cannon para respaldar su famosa crítica a la teoría de James.

APENDICE 1: LOS 20 AUTORES MAS CITADOS EN EL SSCY CON MAYOR ESPACIO EN 16 MANUALES DE PSICOLOGIA DE LA GENERACION DE 1886

MAYOR NUMERO DE CITAS				MAYOR ESPACIO EN MANUALES			
NOMBRE	RANGO A.B.W.	NUMERO CITAS	PROFESION PAIS	NOMBRE	RANGO ZUSNE	ESPACIO	PROFESION PAIS
PREUD, S.	27	32880	Pc Au	PREUD, S.	1	3.2343	Pc Au
DURKHEIM, E.	23	6086	CS Fr	PAVLOV, I.P.	14	.7934	Pc Ru
DEWEY, J.	27	4236	Fi Am	EBBINGHAUS, H.	28	5501	Pc Au
MEAD, G.H.	19	2571	Fi Am	CATTELL, J.M.	33	4624	Pc Am
PAVLOV, I.P.	27	2092	Fb Ru	KULPE, O.	37	4002	Pc Ai
PEARSON, K.	27	1863	CN GB	BINET, A.	50	2453	Pc Fr
KRAEPELIN, E.	27	1745	MP AI	HUSSERL, E.	53	2345	Fi AI
HUSSERL, E.	26	1641	Fi AI	MULLER, G.E.	53	1894	Pc AI
BOAS, F.	19	1514	CS AI	DEWEY, J.	60	1881	Fi Am
WHITHEAD, A.N.	14	1153	Fi GB	JANET, P.	62	1715	PcFr
BINETA.	27	622	Ps Fr	MORGAN, C.LI	70	1336	Pc GB
SPEARMAN, Ch. E.	27	616	Ps GB	BECHTEREV, V.M.	73	1304	Fb Ru8
SHERRINGTON, Ch.S.	27	605	Fb GB	SPEARMAN, Ch. E.	74	1302	Pc GB
JANET, P.	27	555	Ps Fr	MUNSTENBERG, H.	82	1123	Pc AI
HEAD, H.	25	502	MP GB	EHRENFELS, Ch. von	90	0901	Fi Au
CATTELL, J.M.	26	491	Ps Am	MEAD, G.H.	91	0881	Fi Am
BERGSON, H.	22	487	Fi Fr	SHERRINGTON, Ch S.	101	.0766	Fb GB
BALDWIN, J.M.	25	375	Ps Am	LIPPS, Th	102	.0759	Pc AI
EBBINGHAUS, H.	27	364	Ps AI	STOUT, G.F.	107	0672	Pc GB
LEVY-BRUHL, L.	23	321	CS Fr	KRAEPELIN, E.	108	0654	MP AI